

mana, y es por completo sublime, tanto por la invariabilidad de este principio como por la universalidad de su aplicacion.

Continúo mis observaciones. El hombre de un humor melancólico, se inquieta poco por el juicio de los demás, y de lo que ellos puedan tener por bueno ó verdadero; no se fia más que de sus propias luces; como dá á sus motivos el carácter de principios, no es fácil reducirle ó llevarle á otras ideas; su constancia degenera en obstinacion alguna vez. Ve con indiferencia el cambio de las modas, y desprecia su efecto. La amistad es un sentimiento que le conviene, porque es sublime. Puede muy bien perder un amigo inconstante; mas éste no lo perderá tan pronto; el recuerdo mismo de una amistad extinguida es todavía respetable á sus ojos. Para él la afabilidad es bella, pero un silencio elocuente es sublime. Guarda fielmente sus secretos y los de los demás. Halla la veracidad sublime, y odia la mentira y la disimulacion. Tiene un elevado sentimiento de la dignidad de la naturaleza humana. Se estima á sí mismo, y tiene á cada hombre por una criatura que merece la estima. No soporta ninguna baja servidumbre, y su noble corazon no respira más que por la libertad. Todas las cadenas le son odiosas, desde las cadenas doradas que se llevan al cuello, hasta las de pesado hierro que se llevan en los presidios. Es un juez severo para sí mismo y los demás, y le hallareis más de una vez descontento de sí mismo y disgustado del mundo.

Cuando este carácter viene á degenerar, la gra-

vedad inclina á la tristeza, la piedad al fanatismo, el amor de la libertad al entusiasmo. La ofensa y la injusticia encienden en él el deseo de la venganza; entónces es muy formidable, porque desafía el peligro y desprecia la muerte. Si su sensibilidad se halla turbada, y su razon no está suficientemente esclarecida, cae en lo *raro*. Inspiraciones, apariciones, tentaciones, todas estas cosas le asaltan. Su inteligencia es todavía más débil, cae todavía más bajo, en las *necedades*. Sueños proféticos, presentimientos y milagros, hé aquí lo que hay para él. Corre el riesgo de llegar á lo *caprichoso* ó *extravagante*.

En el hombre cuyo temperamento es sanguíneo, el sentimiento de *lo bello domina*. Así sus amigos son alegres y vivos. Si no se manifiesta alegre, es que está descontento; porque no sabe casi encerrar en sí mismo su satisfaccion. Halla la variedad bella, y ama el cambio. Busca la alegría en sí mismo y alrededor de sí; alegra á los demás, y se muestra buen compañero. Tiene mucha simpatía moral. Goza con la alegría de los demás, y padece con sus pesares. Su sentimiento moral es bello; mas no descansa sobre principios; al contrario, depende siempre inmediatamente de la impresion del momento. Es amigo de todos los hombres, ó lo que viene á ser lo mismo, no es propiamente amigo de nadie, aunque sea bueno y benévolo. No disimula. Hoy tendrá para nosotros maneras afables y amistosas, y mañana, si estamos enfermos ó en la desgracia, se hallará verdadera y sinceramente enternecido, pero se

separará de nosotros dulcemente, hasta que las circunstancias hayan cambiado. No hagáis jamás de él un juez; las leyes son ordinariamente muy severas para él, y se deja seducir por las lágrimas. Es un santo malvado, porque no es ni absolutamente bueno, ni absolutamente malo. Se extravía muchas veces, y viene á ser vicioso, más por complacencia que por inclinacion. Es generoso y bienhechor, mas paga mal á sus acreedores, porque tiene más bien bondad que sentimiento de la justicia. Nadie tiene tan buena opinion de su corazon, como él mismo. Aun cuando no tiene mucha estima para sí, no se deja de amar. Cuando su carácter declina, cae en lo *instipido*, es decir, en las bagatelas y en las puerilidades. Si la edad no disminuye su vivacidad ó no le dá más inteligencia, corre el riesgo de venir á ser un viejo *fátuo*.

Aquel á quien se atribuye una naturaleza *colérica*, tiene un sentimiento dominante por esta especie de sublime, que se puede llamar lo *magnífico*. Lo magnífico es propiamente como la apariencia de lo sublime, ó como un color muy *chillon* que nos oculta el interior de la cosa ó de la persona, el cual es quizás ordinario y malo, y nos *engaña* y atrae por el aparato exterior. Del mismo modo que un edificio recubierto de una materia que representa piedras talladas, produce una impresion tan grande como si fuera construida de esta manera, y las cornisas y las pilastras despiertan en nosotros la idea de la solidez, aunque no tengan sosten, y ellas no sostengan nada; del propio modo brillan las virtu-

des ficticias, oropel de sabiduría y mérito en pintura.

El colérico juzga su propio mérito y el valor de sus acciones conforme á la apariencia que pueden tener á la vista de los demás. Es indiferente á la cualidad interior de las cosas y á los motivos de las acciones; no se halla animado de ninguna verdadera benevolencia, ni atraído por la estima (1). Su conducta es artificial. Es necesario que sepa colocarse en diferentes puntos de vista, á fin de juzgar el efecto que producirá segun las diversas posiciones del espectador, porque no se inquieta de lo que es, sino de lo que aparece. Es necesario que conozca bien el efecto que su conducta debe producir fuera, sobre el gusto en general, y las diversas impresiones que hará nacer. Como esta atencion y esta prudencia exigen mucha sangre fria y no dejarse cegar por el amor, la piedad ni la simpatía, se evitará tambien muchas locuras y disgustos en los cuales cae el hombre de temperamento sanguíneo que se entrega al entrañamiento del primer sentimiento. Asi parece ordinariamente más razonable que lo es en efecto. Su benevolencia no es más que urbanidad; su estima, ceremonia; su amor, lisonja estudiada. Está siempre satisfecho de sí mismo, cuando toma el aire de un amante ó de un amigo, y no es jamás ni lo uno ni lo otro. Busca el brillar por todos modos; mas como todo en él es

(1) No se mira como dichoso, más que en tanto que presume que se le tiene por tal.

artificial y ficticio, es ruin y pequeño. Obra conforme á principios más que el de temperamento sanguíneo, que no se conmueve más que por impresiones accidentales; pero sus principios no son los de la virtud; estos son los del honor. No tiene el sentimiento de la belleza ó el del valor de sus acciones, sino que no piensa más que en el juicio que de él formará el mundo. Como su conducta, cuando no se ven sus motivos, es por lo demás casi tan generalmente útil como la virtud misma, obtiene del vulgo la misma estima que el hombre virtuoso, mas él se oculta cuidadosamente á los ojos más penetrantes, porque sabe que el descubrimiento de los motivos que le determinan secretamente, le quitarían la estima. Así está muy sujeto á la disimulacion; hipócrita en religion, adulador en el trato social, cambiando segun las circunstancias en los partidos políticos. Se hace voluntariamente esclavo de los grandes, para venir á ser por este medio el tirano de los pequeños. La *ingenuidad*, esta bella y noble simplicidad que lleva el sello de la naturaleza y no del arte, le es completamente extraña. Es por lo que cuando su gusto degenera, el estrépito que produce viene á dar en gritos, es decir, brilla de una manera desagradable. Su estilo y su compostura caen entónces en un galimatías y en la exageracion, especie de necedad que es para lo magnífico lo que lo bizarro ó lo fantástico, es á lo sublime sério. Cuando está ofendido, recurre á los duelos ó á los procesos, y en sus relaciones civiles no se ocupa más que de sus ante-

pasados, de su rango y de sus títulos. En tanto que no es más que vano, es decir, en tanto que no busca más que el honor y no piensa más que en agradar á la vista, es ya insoportable; mas si falto de toda superioridad real y de todo talento, está lleno de orgullo, viene á ser precisamente, como él más temería aparecer, un loco.

Como en el carácter *flemático* no entra ningun elemento de lo sublime ó de lo bello, al ménos en un grado que merezca llamar la atencion, este carácter no pertenece al conjunto de nuestras observaciones.

De cualquier especie que sean los sentimientos delicados de los que nos hemos ocupado hasta aquí, que sean sublimes ó bellos, es su suerte comun de aparecer siempre falsos y absurdos á aquel que no es decididamente llevado á ellos por la naturaleza. Un hombre que no ama más que las ocupaciones tranquilas y útiles, falto, por decirlo así, de órganos para sentir lo que hay de noble en un poema ó en una virtud heróica, prefiere Robinson á Grandisson, y Caton no es para él más que un loco obstinado. Del mismo modo, personas de un natural más sério hallan insípido lo que es un atractivo para los demás, y la simplicidad ingénua de una pastoral ó égloga les parece insípida y pueril. Y aun los que no están enteramente privados de estos sentimientos delicados son afectados por ellos de muy diversas maneras, y se ve que éste halla noble y lleno de confianza lo que aquel halla grande, pero bizarro. Las ocasiones que hemos tenido de observar el gusto

en cosas que no tienen carácter moral, nos suministran el medio de deducir con bastante verosimilitud el carácter de las facultades superiores de su espíritu, y aun de los sentimientos de su corazón. Yo supondría muy bien que aquel que hallára el fastidio en una bella música, no es muy sensible á las bellezas del arte de escribir, ó á las delicadas seducciones del amor.

Hay cierto espíritu de bagatelas (1) que anuncia una especie de sentimiento delicado directamente opuesto á lo sublime. Es el gusto de las cosas que suponen mucho *arte* y piden mucho trabajo, como los versos que se pueden leer al revés, enigmas, sortilegios, logogrifos, etc. Este es el gusto de todo lo que es compuesto y *arreglado* con mucho ingenio, mas sin ningun objeto de utilidad, por ejemplo, libros cuidadosamente arreglados sobre las largas tablas de una biblioteca, donde se pasea una cabeza vacía que se concreta á mirarlos; departamentos adornados como los gabinetes de óptica, sostenidos con la mayor propiedad, mas habitados por un huésped duro y díscolo. Es el gusto, en fin, de todo lo que es *raro*, por mediano que pueda ser por otra parte su valor intrínseco, como la lámpara de Epicteto, un guante del rey Carlos XII, y bajo cierto respecto las medallas. Se puede suponer que los que tienen estos gustos son quisquillosos y raros en la ciencia, y que no tienen en sus costum-

(1) Kant cita entre paréntesis esta expresión misma que él traduce por *Geist der Kleinigkeiten*.

bres el sentimiento de lo que es bello y noble en sí.

Nosotros tenemos muchas veces la culpa de acusar á los que no perciben el valor ó la belleza de lo que nos inspira ó nos encanta, *por no comprenderlo*. No se trata tanto aquí de lo que comprende nuestra *inteligencia*, como de lo que experimenta nuestra sensibilidad. Sin embargo, las facultades del alma se hallan tan íntimamente ligadas, que se puede las más veces juzgar de los dones del espíritu por la manera en que el sentimiento se manifiesta. Porque es en vano que estos dones hubieran sido prodigados á aquel que no tuviera al mismo tiempo un vivo sentimiento de lo que es verdaderamente noble ó bello, y que no hallára en esto un móvil para hacer de estos dones un uso bueno y legítimo (1).

Se llama ordinariamente *útil*, lo que puede satisfacer las necesidades más groseras, como lo que puede procurarnos lo supérfluo en la comida y la bebida, ó el lujo en nuestro vestido, en nuestros muebles, y la prodigalidad en los festines. Yo no veo, sin embargo, por qué no se pone entre las cosas útiles igualmente todo lo que nos hacen desear

(1) Se nota también que cierta delicadeza de sentimiento, pasa por un mérito. Que un hombre después de una comida copiosa pueda dormir un profundo sueño; se dirá de él que tiene un buen estómago, mas no se hará de ello un mérito. Que otro, por el contrario, sacrifique una parte de su comida al placer de oír la música, que halle en un cuadro una agradable distracción y que estime leer cosas ingeniosas, á no ser que fuesen pequeñas poesías, pasará á los ojos de casi todo el mundo por un hombre distinguido, y se tendrá de él una opinión ventajosa.

nuestros más vivos sentimientos. Si se estima todo sobre esta base, el que no tiene otra guía que el *interés personal*, no será jamás un hombre con quien se pueda razonar sobre las cosas que exigen un gusto delicado. Para este hombre una gallina valdrá ciertamente más que un papagayo, una holla de hierro más que un vaso de porcelana, un labrador más que todas las cabezas sábias del mundo, y tendrá como una gran falta el darse tanto trabajo para descubrir la distancia de las estrellas fijas, como por no haber hallado el mejor medio de servirse de la carne. ¡Mas qué locura discutir aquí, puesto que nuestros sentimientos no se conforman, y es imposible ponerlos de acuerdo! Sin embargo, no es el hombre, por groseros y vulgares que sean sus sentimientos, el que no puede aperebirse de que los encantos y goces de la vida; los ménos indispensables en apariencia, atraen casi todos nuestros cuidados, y que si queremos excluirlos, casi todos nuestros esfuerzos serian sin motivo y sin objeto. Del mismo modo no hay nadie bastante grosero para no presentir que una accion moral, al ménos en otro, nos atraerá tanto más cuanto sea desinteresada, y cuanto sus motivos sean más nobles.

Cuando yo observo alternativamente la parte noble y la débil del hombre, me repruebo á mí mismo de no poderme colocar bajo el punto de vista en que se vén armonizarse estos contrastes, de manera que den un carácter imponente al gran cuadro de la naturaleza humana. Porque yo no ignoro

que las posiciones más grotescas, referidas al gran plan de la naturaleza, no pueden causar más que una noble impresion, aunque tengamos la vista muy corta para recibirlas bajo este respecto. Sin embargo, para tirar un golpe de vista rápido sobre este plan, yo creo poder agregar las observaciones siguientes. Aquellos de entre los hombres que obran conforme á *principios*, son *poco numerosos*, y esto es un bien en definitiva, porque es fácil extraviarse en estos principios, y el daño que de esto resulta, es tanto mayor, cuanto los principios son más generosos, y la persona que somete á ellos su conducta es más constante. Los que obedecen á *buenas inclinaciones*, son *más numerosos*, y esto es excelente, aunque no se pueda casi hacer de ello un mérito para los individuos; porque si estos instintos virtuosos engañan alguna vez, atestiguan el uno en el otro, el gran objeto de la naturaleza, como los otros instintos que dirigen tan regularmente el mundo animal. Los que tienen siempre ante los ojos su querido yo, y refieren á él todos sus esfuerzos, y para el que el *interés personal* es un gran eje alrededor del cual quisieran hacer girar todo, son los *más numerosos*; y no se puede en esto tener nada más ventajoso, porque estos son los más activos, los más arreglados y los más prudentes. Dan á todo la consistencia y la solidez, concurriendo, sin quererlo, á la utilidad general, y suministrando los materiales y los fundamentos sobre los cuales almas más delicadas pueden exparcir la belleza y la armonía. En fin, el *amor del honor* está en todos

los corazones, aunque diversamente distribuido, lo que debe dar al conjunto una belleza arrebatadora. Porque aunque la ambicion sea una locura, cuando se hace de ella la regla única á la cual se refieren todas sus demás inclinaciones, ello es, sin embargo, excelente como móvil auxiliar. En efecto, obrando en este gran teatro conforme á sus inclinaciones dominantes, cada uno obedece al mismo tiempo á un móvil secreto que le lleva á colocarse en un punto de vista extraño, para poder juzgar la impresion que su conducta debe producir sobre los demás. Así es, que los diversos grupos se reunirán en un cuadro de un magnífico efecto, en donde la unidad reine en medio de la variedad, y en cuyo conjunto sobresalgan la belleza y la unidad de la naturaleza humana.

TERCERA SECCION.

DE LA DIFERENCIA DE LO SUBLIME Y DE LO BELLO EN LA RELACION DE LOS SEXOS.

El primero que comprendió todas las mujeres bajo la denominacion de *bello sexo*, quiso quizá decirles algo lisonjero, mas sin duda lo encontró más justo que lo creia él mismo. Porque sin considerar que su figura es en general más fina, sus rasgos más delicados y más dulces, su fisonomía más significativa y de más atractivo en la expresion de la amistad, de la broma y de la afabilidad que entre los hombres, y sin hablar de esta virtud mágica y secreta por la cual nos disponen y nos apasionan para juzgarlas de una manera favorable, se nota principalmente en el carácter de este sexo rasgos particulares que lo distinguen claramente del nuestro, y que son principalmente notados con el sello de la *belleza*. De otro lado, nosotros podriamos reivindicar la denominacion de *sexo noble*, si no fuera deber de un noble carácter el rechazar los títulos de honor, y querer mejor darlos que recibirlos. Esto no significa que se deba entender por esto que á la mujer falten cualidades nobles, ó que